

## LA MORAL CRISTIANA, EL MEJOR BALUARTE<sup>83</sup>

O cristianismo o marxismo, o espiritualismo o materialismo, o moral del amor y de la fraternidad, o doctrina del odio: tal es el dilema ante el que se encuentra la Humanidad. O se deja ésta invadir por la oleada soviétizante, que tiende a cubrirlo todo; o virilmente se opone a esa vandálica irrupción, atrincherándose en la fortaleza de la fe y de la moral cristiana.

No hay ni puede haber a la larga, contra la expansión comunista, mejor defensa, pues de nada servirán a la postre temporales victorias en el terreno militar (en donde la primacía corresponde aún felizmente a la cristiandad), si en el interior de cada país la ideología soviética continúa haciendo prosélitos y minando a un tiempo mismo las conciencias de los individuos y la potencialidad económica y política de las naciones afectadas.

No se trata de una lucha entre dos imperialismos, como muchos malévolamente creen, ni tan sólo de una posible bélica contienda entre un grupo más o menos unido de naciones de suyo pacíficas contra la potencia agresora. De lo que se trata, esencialmente, es de una lucha entre dos ideologías, entre dos doctrinas, entre dos maneras de concebir el Universo, el hombre y la vida.

La contienda no es originada, primordialmente, por factores de índole económica o política. El conflicto, en el fondo y esencialmente, se plantea entre dos ideologías. “Es un conflicto a muerte entre el ateísmo y la creencia en un Dios personal, entre el paganismo y el cristianismo, entre el desenfreno carente de toda moralidad y la autoridad soberana de Dios, entre los excesos de las pasiones desenfrenadas y la influencia suavizadora de la caridad cristiana.”

A estas conclusiones llegó en sensacional conferencia el Arzobispo de Nueva Orleans, Monseñor Joseph F. Rummel.

Y como la ideología que el materialismo y la negación de Dios encarnan, está siendo en estos momentos representada “por una de las naciones más

83 *El Universal*, 18 de septiembre de 1946.

poderosas de la Tierra (alusión clarísima a Rusia), que espera alcanzar la dominación mundial”, no hay tiempo que perder —asegura el prelado— y sí, por el contrario, hay que aprestarse a la defensa del ideal cristiano.

Esta defensa hay que hacerla, ante todo, en el terreno ideológico, en el campo de las conciencias, ya que nos encontramos frente a un mundo en que el sensualismo, la corrupción y la irreligiosidad progresan en forma pavorosa, adueñándose, sobre todo, de las nuevas generaciones.

A éstas, sobre todo, habrá que defender y amparar. Para ello existe un remedio: fijar, vigilar y vigorosamente sostener la filosofía social y moral que debe imperar en las naciones no contaminadas aún del todo por el virus soviético. Así lo afirma, con sólida argumentación, el prelado norteamericano.

Habrà, pues, que impedir la descristianización del mundo, habrá que infundir en las almas juveniles la fe en un Creador, supremo juez de la conducta humana, y con esa creencia, vivificada por los principios salvadores de la moral evangélica, refrenadora de apetitos, proteger y amparar las almas juveniles contra la propagación del materialismo, de la ferocidad y del odio.

De nada servirán los triunfos bélicos ni las victorias militares, si se pierde la batalla del espíritu, si por un criminal abandono se permite que la expansión insidiosa y tenaz del comunismo llegue a realizar la conquista de las multitudes.

La batalla principal habrá que darla en las escuelas, en la prensa, en la tribuna, en los centros de enseñanza. La principal campaña debe ser la educativa.

Para ello, no bastará la simple desanalfabetización. Será indispensable impedir —entiéndase bien— que el enemigo se apodere de la enseñanza... Y el enemigo lo es el comunismo, lo es la Rusia soviétizante, con sus legiones de prosélitos, propagandistas y educadores.

La filosofía moral y social que debe regir en el mundo aun no soviétizado, no ha de ser la filosofía marxista del materialismo histórico, ni la doctrina de la revolución permanente, ni esa turbia moral que se apoya de modo exclusivo en los valores materiales y en la eterna prédica del antagonismo y del odio; sino esa moral excelsa que une a los hombres por el amor, los obliga por la fraternidad y los hace superarse a sí mismos con la práctica de la renunciación y del sacrificio por los demás.

El materialismo, la persecución del placer, el ansia de goces materiales, el orgullo y la soberbia que no toleran superiores, ni admiten frenos o sujeción alguna al deber, y sí invitan, en cambio, al rencor y a la animosidad

contra el que posee bienes o virtudes que nosotros no poseemos; esos móviles de disolución y de discordia conducen indefectiblemente a la guerra. Guerra de clases, en el interior de cada nación; guerra de razas o de imperios, en el campo de lo internacional.

“El ateísmo provoca las guerras”, dijo en frase lapidaria el Arzobispo de Nueva Orleans. Si se quiere cegar el manantial de las guerras, suprimase o amortiguéase al menos la ambición desenfrenada, que empuja a la conquista; refrénese el odio, la soberbia y la envidia que al envenenar las almas, empujan tarde o temprano, a los hombres y a los pueblos los unos contra los otros.

En una palabra, ciméntese la paz sobre el amor, el apoyo mutuo, la justicia y la fraternidad.

Y ese prodigio sólo puede realizarlo la moral de Cristo, única que subyuga las almas, única que vence resistencias, única capaz de hacer que en el mundo reinen a la vez la libertad fecunda y la autoridad enfrenadora, el principio individual en lo que tiene de creador y de grande, y el interés colectivo en cuanto sirve para armonizar voluntades, reprimir egoísmos y hacer abortar rebeldías malsanas.

En vez de una educación empobrecida y envenenada por el materialismo, corroída por el ateísmo y la negación, debe, pues, a toda costa, implantarse o restablecerse la educación de tipo espiritualista y cristiano. Que a cada padre de familia se le deje libertad de enviar a sus hijos y a sus hijas a la escuela en que una doctrina de regeneración enseñe a unos y a otras a moderar sus apetitos y a dominar sus pasiones. Que no se deje suelta a la bestia humana.

Pero a la vez que afirmar y proteger, honrada y seriamente, la libertad de enseñanza; a la vez que amparar los derechos imprescriptibles del jefe de familia, debe hacerse, debe procurarse otra cosa. Que la conducta corresponda a la predicación y a la enseñanza. Que el cristiano sea verdadero cristiano, y el creyente, verdadero creyente. Que no se dé el escándalo de que quienes pregonan a todas horas su cristianismo, se conviertan en succionadores del esfuerzo de los humildes, en crueles explotadores de la miseria del pobre. Que el cristiano —rico o proletario— cumpla con sus obligaciones que la fraternidad le impone y que con su conducta generosa y humana dé ejemplo a quienes se niegan a aceptar la moral de Cristo.

Nada más bochornoso, en efecto, que el espectáculo que al mundo está ofreciendo, en la católica España, algunos hombres opulentos a quienes el obispo de Córdoba, en hermosa carta pastoral, flagela y denuncia.

“Hay mucha hambre —dice él— en la provincia de Córdoba, tanto en la Capital como en los pueblos. Varias personas han muerto de hambre recientemente.” Y mientras esto ocurre —comenta el prelado— abundan gentes que sin recato alguno llevan vida de ostentación y de derroche. “Gastar así el dinero en cosas insignificantes y en placeres, mientras el prójimo se muere de hambre, es simplemente un crimen.”

¿Qué diría el buen prelado cordobés si viera lo que en nosotros pasa?

No basta, en consecuencia, que la moral cristiana se predique. Es indispensable que ésta se afirme y rebele en la conducta.